

JULIO BARRENECHEA

# La muerte del poeta

□ **Presidente de la Federación de Estudiantes en 1932 y Premio Nacional de Literatura el año 60**

En un Chile pleno de celebraciones por el centenario de nuestra Independencia Nacional —1910—, nace Julio Barrenechea, y muere recién a los 69 años en medio del otro centenario, el de la Guerra del Pacífico. Así, centenario y centenario —*rumor del mundo*— determinan poéticamente su vida y su muerte: *No puedo ser el mismo, no puedo ser el de antes. Hoy conozco a la muerte antes de mi partida. Como una res marcada pertenezco a otra parte.* Versos que conllevan su historia y su notable tiempo de efervescencia.

Ya a los veinte años publicaba *El mión de las mariposas* (1930), título que define de significativa manera, y desde muy temprano, las dos realidades tan independientes la una de la otra en la vida del poeta: su realidad política y su realidad poética. Nunca la una y la otra se tocaron o llegaron a ser una en entusiasmo creador e impaciencia pública-social de la época. Años antes, el precoz vate, todavía de pantalones

cortos, escribe sus composiciones escolares en verso para asombro de su profesor del Instituto Nacional, Samuel A. Lillo, quien lo puso de actualidad ante sus compañeros: “Yo me debí resignar —cuenta Barrenechea—, bueno, soy poeta”.



**JULIO BARRENECHEA**  
El recuerdo y la nostalgia

Julio Barrenechea es algo así como una individualidad en la trayectoria de la poesía chilena de este siglo. Más cercano a un vanguardismo poético —por el brillo de su juego metafórico— que a la llamada generación del 38. Su obra (*El espejo del sueño*, 1935, *El libro del amor*, 1946, *Ceniza viva*, 1968, y otras que completan más de una decena) no es del toda renovadora y original, “figuras literarias de orientación barroca”, como tampoco insertas en el acontecer chileno-americano.

El autor prefiere el recuerdo y la nostalgia, el amor y el sueño, la melancolía y la muerte, con algunos sutiles instantes de humor o emocional clima en el uso de las palabras. Sin embargo, la densidad y expresión lírica de algunos de los poemas de *Diario Morir* (1954) —libro fundamental y de madurez— bastan para destacar a Barrenechea (Premio Nacional, 1960) como un poeta *rotundo* y de *espontánea vigencia*, según el decir del novelista Eduardo Barrios.

Fogoso dirigente estudiantil en la década de los años 30, parlamentario en el don de la oratoria y la acción política, diplomático en su ancho mundo de viajes (Bogotá, Madrid, Nueva Delhi). Pero por sobre todo, poeta —*desnudo de mí mismo, como un árbol podado*—. Lo demás, circunstancias que motivaron y condecoraron su vida: *todo intento de flores sería intento vano*.

Jaime Quezada ■